

como lo sería que á ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga experiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré, pues, en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe, ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demás lo que uno piensa, ó por lo menos lo que quiere este uno que los demás crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta más sino que lo crean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podría reducirse un periódico á una colección de retratos; esto tendría varios inconvenientes: 1.º Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podría tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.º Que una vez dada la colección de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó sería cosa de andar mudando todos los días de redactores sólo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadadas que tuviésemos las caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escrito público. Hay otra prueba más fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese más que en el artículo en el nombre del autor, haría más efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaría muy convencido, y eso más parecería una lista de proscripción que de un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinación contra lo determinado por mis compañeros, porque sería dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi*

*gratia*, unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *junta*, y hago manifestación de hallarme con respecto á ustedes en circunstancias extraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenón. Yo soy *Figaro*: todo el mundo sabe quién es *Figaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Figaro* y *Mariano José de Larra* son uña y carne como el diputado Argüelles y la constitución del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.

Daremos más señas: escribimos en *el Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en *el Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en *el Español* la sección de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueltos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algún drama espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algún folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiéndole que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportación que ocurra, y pedidas cartas de recomendación para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los había de registrar, no hemos dejado más que las cartas amorosas, que habían de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos),

aunque nada tenían de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntación en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teníamos hechos á *Filís* por adulaciones á la república, ú otro bicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermón de difuntos al Estatuto.

Item más, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante; y en fin adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Figaro* y dicho *Larra*, *bras dessus*, *bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y así como los anuncios de los carruajes

que salen suelen añadir: *Se admiten arrobos*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposición de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el día todos prenden) y demás, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razón *Figaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo más por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear, ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo:—*Figaro*, ó, por otro nombre, *Mariano José de Larra*.

#### FIGARO AL ESTUDIANTE

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galán como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mía que me ruborizo. Yo por el contrario no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serían más que justicia, y pareceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendríamos á enterrecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Además no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algún día, entonces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolución primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fe mía. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenía más alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, pardiez

que me asombra la determinación. ¿Pues tiene usted más que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el día se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gómez, le abonará usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ó abogado, ó lo que á usted más le agrade, y mata usted así dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted más lucida, ni que más se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varón, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquéllas como yo se las refiero, y claros éstos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el día ocupada en convencer á la otra media. Sin ir más lejos,



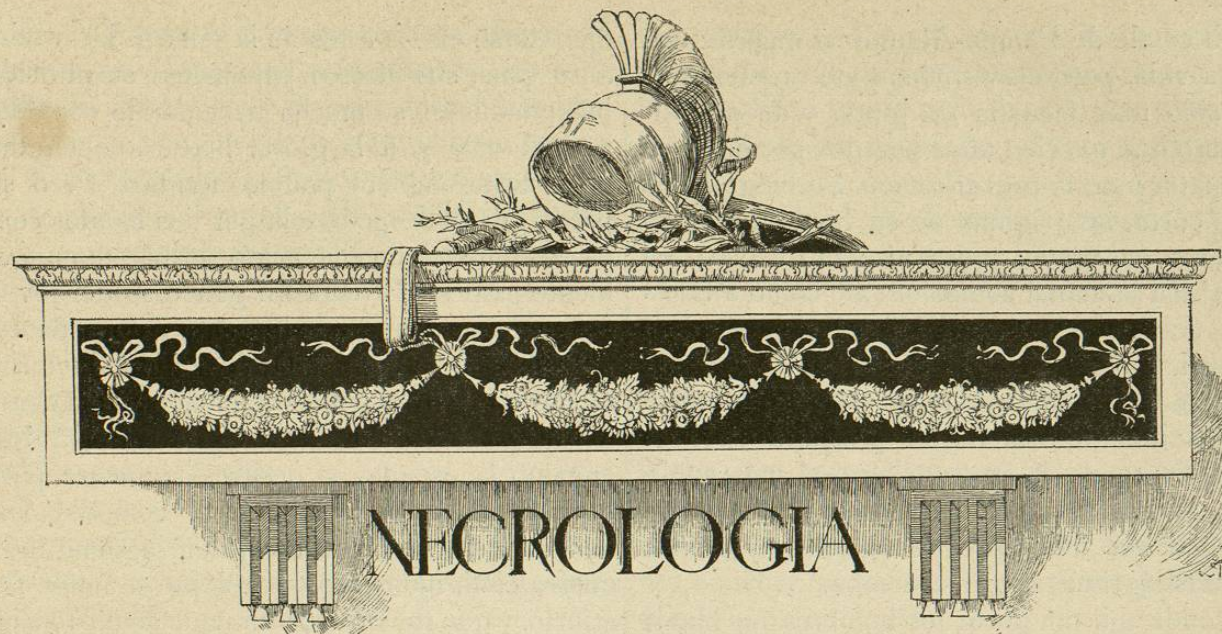
ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos más de seiscientos, empeñados en convencerlos de que cualquiera de nosotros lo haría mejor; y ni ellos convienen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nación que quiere tiranizarla, ¿le parece á usted, señor Estudiante, que lle-

gará jamás por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaria que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra después? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el día tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe más, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues, sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oírle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mío, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometía ser un zote, y le da por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crío.

Y con esto queda de usted su afectísimo:—  
*Figaro.*



EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE

DOMINGO 15 DE ENERO

Vive el malvado atormentado, y vive,  
Y un siglo entero de maldad completa;  
Y el honrado mortal. . . . .  
Nace y deja de ser. . . . .

CIENFUEGOS

Ya hace días que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan, empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religión eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo lle-

nándole de santo terror, el angustioso y sublime *De profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdón pedido, la deprecación de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oído del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazón, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caído, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los pies del Altísimo no es ya á la opinión de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinión de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecución, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?